

pondiendo á mi pensamiento. El tranvía paró: los dos desventurados pasaron por delante de mí. Miróme el padre y me reconoció. No me atreví á ludarlo. Me dió una mirada torva y me dijo con voz áspera:

—¡Se ha muerto!

La madre pasó sin mirarme.

\*\*\*\*\*

## CAPITULO XII

*Diciembre.*

El nuevo mes me dió nuevo sudor para hacer trayectos en todas las líneas, á caza de personajes y aventuras, ilusionado por la esperanza de que, una vez ayudado por la fortuna, podría acabar mi libro con escena de novela, y pensaba ya en realizar la tentación que me asaltaba de hacer el último capítulo puramente de fantasía, si me daba chasco la fortuna. Incurablemente enfermo de romanticismo, y atormentado por el deseo de quitar á la naturaleza con su salsa picante y de presentarla en forma arquitectónica, como los ramilletes de los pasteleros, iba á olvidar por un momento el designio que me había trazado, de pintar la vida real tal y como aparece en calles y plazas.

Pero aquella intención duró pocos días, y el ardor de investigar acabó por medio de una de aquellas solemnes nevadas turinesas que hacen entrar de nuevo en el pecho los propósitos poé-



ticos, las narices en los tapabocas, las manos en los bolsillos, y con aquel ardor peligroso huyeron todas las tentaciones de terminación romancesca. Lo cual fué mejor, según creo, para mi manuscrito.

\*  
\* \*

Nevaba de firme, á copos anchos como billetes de tranvía. La larguísima calle de Niza estaba cubierta con un manto blanco que apagaba el rumor de los coches nevados, deslizándose sobre los carriles invisibles, y entre toda aquella blancura alpina, se veía la mancha negra de Tempestad, que parecía un loro encapuchado y con guantes y zuecos, no enseñando del rostro sino la nariz, la perilla y el bigote, agitados por el soplo de una blasfemia perpetua. Maldecía de los copos que le entraban por la boca, de los pasajeros que, subiendo, le pisaban los pies ó le daban en las piernas con el paraguas nevado, y parecía retirarse á propósito, para dejarlo descubierto á la intemperie.

—¿Mal tiempo, eh?—le pregunté con buenos modos.

Contestóme bruscamente:

—¿Me lo dice á mí? ¡Vaya una noticia!

—Tendremos para mucho tiempo, á lo que parece—añadí.

—No lo sé—gruñó.

¡Ah, pobre Tempestad! Acordéme de un loco de la Villa Cristina que dibujaba con una varita las distintas partes del cuerpo que le dolían, marcando en cada una de ellas una bestia feroz, la cual, según él, royéndole la carne, era causa de sus dolores; y me pregunté si asimismo aquel cochero no tenía dentro del cuerpo algún animalucho rabioso, ya que no una trahilla entera que lo desgarrara. Cuanto más lo estudiaba, más me convencía de que en su casa, cuando menos, no debía ser un mal hombre, porque de otro modo, no podía comprenderse cómo soportaba tantas molestias durante doce horas. En un momento dado tuve la tentación de apoyarle una mano y decirle suavemente:

—¿Querría usted explicarme, simpático puerco espín, dónde podría yo tocarle sin que me pinchase?

La que se pinchó en aquel instante fué una anciana señora, que habiéndole dicho tímidamente para que parara:

—Haga el favor...

Tuvo por contestación un encogimiento de hombros y este cumplido:

—¿Que haga el favor?... Se dice: «¡pare!»

La cortesía le irritaba los nervios, como la música irrita los de algunas bestias.

En la plaza San Silvario, donde estaban jugando unas bandadas de chiquillos, pasóle á un paldo

*Carrozza di tutti.*—Tomo II—13



mo de las narices una bola de nieve. Tempestad lanzó á los combatientes una mirada exterminadora, á la vez que un bramido de leopardo. Luego la emprendió contra uno de los caballos. «Livorno», cojeaba, llamándole asesino, ladrón, carne de horca, y amenizando cada epíteto con un latigazo. Uno de los pasajeros que estaban en la plataforma, se arriesgó á hacerle la siguiente observación:

—¿Qué culpa tiene el pobre si cojea?

Volvióse hecho una furia el cochero, y contestó:

—¡Sí, señor; es un vicio. Lo hace expreso: cojea únicamente para fastidiarme!

Y dió un resoplido. Luego añadió:

—Es preciso conocer las bestias antes de hablar.

Su interlocutor replicó, sonriendo:

—Ya lo creo; antes de hablar... es preciso conocer á los animales.

Todos se rieron, y entonces sucedió un milagro. Tempestad mismo se sonrió. Fué un rayo que iluminara una nube negra. En seguida obscurecióse de nuevo su rostro, atizó un terrible latigazo á «Livorno», tratándolo de infame boyá, y empezó á exhalar de nuevo por el larguísimo camino blanco, el soplo de su rabia implacable.

\*  
\* \*  
\*

Siguió cayendo nieve sin parar, tan espesa, que parecía poder hacerse bolas de ella, cogiéndolas con las manos en el aire, densa hasta el punto de que los tranvías parecían como sombras detrás del velo de los copos, y no se advertían todavía cuando ya anunciaba su aproximación el soplo fatigoso de los caballos, y el vocear continuo de los cocheros, asomados á la ventanilla del toldo, como centinelas á las aspilleras de una fortaleza móvil. Pero toda aquella nieve no acertaba á apagar el fuego belicoso de Carlín, á quien encontré una tarde en la línea de Vinzaglio, furibundo por el asesinato de la expedición de Cecchi y sobre todo contra el Ministerio, porque había afirmado que no tenía ningún propósito de ocupación militar. El bombardeo de Geriza y el fusilamiento de los cinco Somales, en vez de apaciguarlo lo habían irritado más, tal como un aperitivo irrita más el apetito de un glotón. Como de costumbre, hubiera querido quemar, exterminar, reventar todas las cosas y cambiar la faz del Africa.



—¡De manera—exclamaba,—que todos nos pegan y no pegamos á nadie! ¡Es preciso esconder la cara en los calzones!

Y no alcanzaba á comprenderlo, pensando que teníamos gente con exceso, millones de hombres sin trabajo, una superabundancia de borregos humanos que debían hacer bendecir todas las ocasiones que se presentasen de enviar afuera una gran cantidad, para aliviar á Italia, é invadir las tierras de los perros.

—¿Qué quieren hacer de tanta gente? Somos demasiados. Todos nuestros males vienen de ahí. La multiplicación es lo que nos arruina.

De nuestra excesiva fecundidad me adujo una prueba singular. Hacía tres días, hora por hora, que en aquella misma línea, en el número 139, una mujer sintió los dolores del parto, y poco faltó para que en el mismo tranvía hubiese un «pasajero» más. Fué preciso parar el tranvía, y apenas hubo tiempo de llevarla á una portería de la calle de Roma. Al pasar de vuelta el tranvía, el amigo estaba ya fuera, y cantaba como un gallo. El nacimiento intempestivo de aquel muchacho era para él el argumento Aquiles en favor de una política de guerra en Africa.

¡Bombardear! ¡Bombardear!

Y repitiendo este «delenda», desde lo alto de la plataforma, con los brazos cruzados sobre el pecho, fijaba la mirada en la plaza del Castillo, blanca de nieve, con la expresión de Napoleón I, en el «mil ochocientos catorce», de Meissonnier. ¡Pero cuán distintos son algunas veces los pensamientos que nacen en el interior del tranvía y en la plataforma! En aquel instante estaban dentro, en uno de los lados, varias señoras elegantes y hermosas; en ambos ángulos del fondo, dos caballeros con sombrero de copa y corbata

blanca, que iban á algún banquete de gala; enfrente de las señoras, media docena de jóvenes y elegantes oficiales de la Escuela de Guerra, entre los cuales había un guapo mozo, teniente de infantería belga; y se veía en los ojos de boda de aquella gente silenciosa, la llama de la galantería, se adivinaba en el aire de aquel salón ambulante, la vibración de una corte de amor reducida, el entrecruzamiento de la simpatía y de la atracción, detenidas por el freno de la conveniencia, un trabajo vivo de las imaginaciones excitadas y que pensaban en conquistas muy distintas de la del Benadir, en otras batallas muy diferentes de las que el pobre Carlín invocaba, amenazando con el puño á la nieve... También esto parecía un símbolo; la política que quiere gobernar el mundo y mandarle, y el amor, alma del mundo, que se ríe á sus espaldas. Pero no me atreví á expresar este pensamiento á Carlín para no amargarle el suyo, que confortaba su vida. Y como si apareciendo por última vez en mis apuntes, debiese desaparecer para mí aquella noche, le hice, bajando, un saludo cordial que interpretó el pobre hombre como una aprobación de toda su política del 96, y me valió en contestación una cordial sonrisa de ministro satisfecho hacia un diputado complaciente. Muera su política y viva su recuerdo...



\*  
\* \*

Continuó nevando, y aunque encontré placer aquella tarde, al entrar en el interior de los carruajes, atraído por el aspecto de intimidad familiar que ofrecían, satisfecho de estar al abrigo de la intemperie, y particularmente dispuesto en aquella comunión no ingrata de calor animal, á las conversaciones amistosas, no me placían tanto los trayectos como meses atrás. En uno de esos trayectos, durante la tarde de la fiesta de la Concepción, encontré al síndico de Turín, acurrucado en un ángulo y no reconocido por nadie, exceptuando al cobrador, que le miraba desde la plataforma, á través del cristal de la puerta, con gran curiosidad. Ciertamente, el ilustre síndico, viendo á aquel pobre cobrador con la cabeza casi cubierta por el tapabocas, que lo miraba desde fuera, como un infeliz aterido mira desde la calle al caballero sentado dentro del restaurant, estaba bien lejos de pensar que fuese aquel hombre un noble como él, como él conde, de una familia más antigua que la suya, y que llevaba un nombre muy famoso en la historia de Italia. Pero

el rostro del conde incógnito no dejaba transparentar ningún pensamiento melancólico, y tenía su expresión de resignación serena, parecía que se deleitara al advertir la vivacidad insólita de los pasajeros, que eran, en su mayoría, pequeños rentistas y obreros decentemente ataviados, entre los cuales se cruzaban conversaciones distintas. Hablaban del proyecto financiero de Luzzi, del capital que había perdido el Banco de Nápoles, de la proposición de una tasa militar, con las frases recogidas en los diarios de la mañana, y con aquel tono entreverado de desconfianza amarga y de indiferencia burlona que se acostumbra á emplear en Italia al hablar de la política. En un momento dado, quedaron todos silenciosos; luego un pasajero, del cual la luz iluminaba únicamente la parte inferior del rostro, tapado por un gran sombrero, habló de la ley sobre los «accidentes del trabajo».

—¡Ah!—pensé para mí;—henos aquí en el Senado.

Y miré al síndico, que era senador.

Y el Senado, que por segunda vez había rechazado la ley, fué bárbaramente destrozado por el del gran sombrero y por otro que estaba á su lado.

—Esa gente medio muerta no sirve para nada; esos viejos reaccionarios solamente cometen disparate sobre disparate; la ley estaría ya en vigor si no hubiese tenido que pasar por aquella antecámara del camposanto, donde todas las reformas en favor del pueblo se combatían ferozmente.

Otras cosas parecidas dijeron, que no debieron saber á gloria al síndico.

Y he ahí que otro pasajero, dando un salto desde Roma á Turín, empezó á quejarse del servicio de limpieza municipal, diciendo con un voza-



rrón de contrabajo que mejor, mucho mejor que en Turín, se prestaba aquel servicio en una de las aldhuelas circunvecinas. El valiente síndico sostuvo intrépidamente la segunda, como la primera carga, mirando con una sonrisa filosófica un anuncio del «Chocolate Talmone», pegado entre dos ventanillas. La quiebra del Banco de Como, que se puso luego sobre el tapete, le libró, y en tanto que la nueva discusión se acaloraba, pasaban otros tranvías, dentro de los cuales se veía á otras comitivas, iluminadas desde lo alto, salas de club y de café ambulantes, pequeñas aulas de Consejos comunales, repletos de rostros graves ó sonrientes, de soñolientos, de bromistas, que aparecían y desaparecían rápidamente entre los torbellinos que formaba la nieve.

Después de la nieve, vino la niebla, aquella niebla invernal de Turín, densa y fría, que irrita casi como una quemadura, que invade todos los vacíos y cubre la ciudad como una inmensa nube de cenizas inmóviles, casi palpable, y que esconde casas, árboles, gentes, carruajes, faroles, cir-

cunscribiendo á un radio de cinco pasos el espacio visible para toda persona; que intercepta como un muro gris la perspectiva de las plazas y de los paseos, que llena los pórticos como un humo que saliera de millares de tiendas incendiadas, y produce á cada momento la ilusión de que barrios enteros han quedado destruídos, tragados por la tierra entre los vapores de un cráter enorme. Parecía que se corriese dentro de una obscuridad blanca, á través de una fila infinita de velos húmedos que el tranvía desgarraba, no viendo los otros carruajes sino en el último instante, como si surgiesen, por encanto, del suelo, como larvas que escapaban asustadas al advertir el paso de los caballos. Y aquel continuo sucederse y entrecruzarse de silbidos y campanillazos en aquella atmósfera opaca, sugería la idea de una ciudad agitada por un grave afán, y oprimida por las amenazas de algún gran peligro misterioso.

Estaba en la plataforma, apretado por todas partes, en compañía de un joven poeta, cubano, nuevo en Turín, y que no había presenciado nunca aquel espectáculo, que aumentaba su natural melancolía. Venido por primera vez á Europa, y llegado el día anterior de Francia, no podía convenirse de que estuviese en Italia, donde imaginaba que hasta las ciudades septentrionales tenían un invierno plácido y sereno como en su isla nativa.

Miraba alrededor, casi asustado, y me decía de cuando en cuando, con su lenguaje italiano trasatlántico:

—¡Esto es Siberia! ¡Parece que estemos en Spitzberg! ¿Cómo puede gustarle ese horror?

—Sí—le contesté,—tengo gusto de esquimal. La niebla me excita la imaginación. No reconozco los cruces; no sé muchas veces en qué punto me



encuentro; la ciudad me parece agigantada; imagino que estoy en Londres, en Petersburgo ó en New York.

Me gusta algunas veces sentir la humanidad sin llegar á verla.

La niebla rompe la monotonía de mi vida, y me produce mil sorpresas y sensaciones insólitas. Esta resonancia extraña, huérfana de todo rumor, me place como un lenguaje nuevo de las cosas; me gusta más el encuentro de un amigo en esta obscuridad lívida, parecida á la sombra de una floresta virgen, que verlo á la luz del sol; me agrada advertir de repente el rostro de una mujer hermosa, como si apareciese por el desgarrón de una nube; oír voces conocidas, de conocidos invisibles, y las risas de muchachas misteriosas que se pierden en el aire como ecos de ecos.

Y luego, ¿qué quiere usted? Por la noche, singularmente, la ciudad llena de gente y de luces, que trabaja y se divierte, paréceme una expresión más potente de la civilización humana, bajo ese gran manto lúgubre con que la naturaleza la cubre sin conseguir sofocar su vida y su alegría.

El cubano no parecía persuadido. Si hubiese debido vivir en Italia, de fijo que no hubiese escogido por punto de residencia Turín. Me preguntó si la ciudad me parecía propia y adecuada para los trabajos artísticos, bastante italiana de aspecto, para dar á la inspiración de un poeta las alas que debían darle, Venecia, Nápoles, Florencia, Roma; si no era de temer allí la monotonía.

—No—contesté;—no hay monotonía dentro de la libertad. Aquí siento la inteligencia libre. Paréceme que el pensamiento se dilata, espaciándose por las vastas plazas y vaya muy lejos, lanzándose por las larguísimas calles, por los caminos que

de todas partes van desde la ciudad á la campiña. Los edificios no llaman la mirada, y por lo mismo, no la distraen de la grandeza del conjunto y de la belleza de la natura; de cuando en cuando, advierte mayor espacio y se lanza á vuelo de ojo hacia los Alpes y las colinas. En ninguna otra ciudad se ve tanta verdura, tanto azul, tanta blancura; en ninguna otra tiene la primavera un aspecto tan fresco y espléndido, que parece una renovación del mundo. Y luego, habiéndose transformado la ciudad, bajo mis ojos, durante los años transcurridos, veo y amo siempre, en los aspectos nuevos, los aspectos que ya han desaparecido, me asalta una nube de recuerdos á cada paso, siento mil voces de personas y de cosas pasadas que me llaman, y paréceme que en la atmósfera vibran todavía recuerdos de la juventud de su patria y de la mía; gozo con la belleza, que quizá no existe sino para mis ojos, porque la ilumina y la colora un rayo de luz que sale de mi corazón. Veo en el fondo de cada calle una ciudad de Italia, y en las golondrinas que vuelan alrededor del palacio Madama, mis espezas fugitivas, que cantan y me saludan todavía.

El joven movió la cabeza.

—¿Encuentra en armonía con la suya—preguntó,—la índole de los habitantes? ¿No le parecen demasiado fríos y callados, demasiado septentrionales, como me han dicho?

—No pueden juzgarles los extranjeros, ni siquiera un italiano de otra provincia, si no vive aquí muchos años.

La benevolencia no es ruidosa, el corazón no se abre al primer impulso; pero todo lo que cuesta trabajo conquistar, nos es más caro una vez adquirido. La discreta cortesía, la dificultad en prometer evita desengaños y amarguras, y de esta



manera, se encuentra en los buenos mayor bondad de la que se esperaba.

En los afectos, que los ojos expresan y la boca calla, hay una dignidad que avalora su precio. Y quien comprende lo mucho que vale gente de tal especie, la quiere doblemente. Por eso me siento yo ligado á la ciudad hasta por gratitud; ligado por tantos vínculos del corazón, del pensamiento y de la sangre, que no podría vivir en otra parte, ni aun pasando de pobre á rico, de enfermo á sano, ni aun encontrando cien amigos si aquí no me quedase ni uno; y estoy seguro de que siento un consuelo al pensar que he de morir aquí.

En tanto que decía estas últimas palabras, un caballero que había estado á mi lado hasta entonces, sin que yo le viera el rostro, volvió la cabeza poco á poco, como una estatua removiente y me miró á los ojos.

¡Al cabo le había conquistado! Comprendí al vuelo que la crítica de la calle de Garibaldi y la laceración de la *Gazzetta del Popolo*, y hasta aquella loca teoría del socialismo municipal, quedaban perdonadas para siempre.

El buen Cicchierino, empleado modelo de no sé qué regia administración, el más puro y celoso de todos los turineses nacidos y por nacer, estaba enternecido, estaba vencido, era mío. Cuando bajó, llevóse la mano al ala del sombrero, y antes de desaparecer entre la niebla, volvióse hacia el tranvía, apareciendo en su rostro una ligera sonrisa benigna que borró mi última duda; ¡demos las gracias á Cuba!

El acontecimiento era un buen auspicio para un buen fin de año.

\* \* \*

Desvaneci6se la niebla y resplandeci6 el sol, que volvimos á ver despu6s de una noche de siete d6as.

Los tranv6as corrieron de nuevo libremente por la ciudad clara y como teñida de m6s vivos colores, dorados por todas partes por anchos rayos de luz.

Los cobradores y cocheros, despu6s de una semana de fatigas penosas, saludaban con alegr6a la atm6sfera l6mpida, sobre la cual se destacaban los Alpes blancos, que parec6an haberse acercado durante los d6as de mal tiempo. En Porta Palazzo, donde esperaban los tranv6as de Lanzo, durante la hora de la comida semejava aquello una fiesta. De todos los carruajes que llegaban por todos los caminos, saltaban afuera cocheros y cobradores, y sentados sobre el estribo, dentro de la barraca de parada, en todas las partes donde encontraban un asiento, com6an el contenido de las cestas, alternando, con los bocados, ap6stro-



fes burlescos, dirigidos á los colegas que llegaban y partían. Y tapados como iban, con aquellas capuchas y aquellos guantes enormes, entre la nieve de la vasta plaza, donde aquí y allá llamaban hogueras, parecían una bandada de cosacos, vivaqueando entre los carros en una parada en las estepas.

Subido que fuí á mi tranvía, encontréme al lado, en la plataforma, al joven tipógrafo rubio, al recién casado, fresco y alegre como el aire. Empezó á hablarme de Antonio Maceo y de la cuestión cubana; pero á pesar de que parecía preocupado por la política, advertía yo claramente que tenía algo que decirme, y con efecto, al cabo de unos momentos, me comunicó que dentro de unos meses quizá, la causa socialista contaría con un soldado más. Faltaba saber únicamente si sería un compañero ó una compañera.

Le felicité y me alegré.

No sé por qué se le había metido en la cabeza que debía nacer en Abril, quizá el día mismo del nacimiento de Fernando Lassalle; fecha de buen agüero.

Si era un varón, había decidido ya ponerle los tres nombres de Fernando (Lasalle), Federico (Engels) y Carlos (Marx).

Y se restregó las manos. Luego hizo el elogio de su mujer.

Cada vez estaba más contento de ella. Afanándose por trabajar, á pesar de su estado, se mostraba buena y cariñosa con la madre de él, y no había mudado de ideas, como tantas otras, después del matrimonio.

Ella misma era la que le decía:

—Ernesto, acuérdate de no faltar á la reunión de tal noche... No te olvides de pagar la suscripción de tal diario... Pongamos también nosotros algo para la caja electoral.

Hasta aquella mañana era ella quien le había indicado que llevase el producto de una colecta á un compañero sin trabajo y enfermo que habitaba en el barrio de San Silverio. Pasaban la noche juntos, leyendo volúmenes tomados de la biblioteca de la «Asociación de los Trabajadores del Libro»; pero preferían los opúsculos de propaganda, que comprobaban por su cuenta. Ella se apasionaba, especialmente por la historia de las socialistas célebres: Leonor Aveling, Ana Besant, Severine. Tratando de esas cosas, pasaban las horas, hasta que se dormía su madre, haciendo calceta.

Luego, de repente, pareciéndole que me había hablado con harta familiaridad de asuntos suyos, se puso de nuevo serio para preguntarme si creía que fuese verdad que iban á cerrar todos los círculos socialistas y todas las Cámaras de Trabajo, de la Liguria; pero viéndome sonreír é insistiendo yo para que volviera á hablarme de su familia, cogióme el brazo en señal de gratitud, y empezó de nuevo con mayor efusión.

Sí, era feliz: le había tocado en suerte la mejor muchacha que pudiera desear; era muy hermoso estar de acuerdo con todas las cuestiones, tener esperanzas y deseos comunes. Algunas veces, cuando oían juntos un trozo de buena música, se conmovían ambos hasta el punto de saltárseles las lágrimas, pensando en los compañeros de otros países, en los trabajos de todos, en el porvenir, en su hijo, que podría ver un mundo mejor.

Y yo, á mi vez, mirando aquel guapo mozo, aquel «enemigo de la familia» tan feliz y enamorado; pensaba lo mucho que le ennoblecía la familia, y le daba fuerza, ¡cuán sano y fecundo era el amor suyo! en aquella primera juventud en que el matrimonio aparece todavía á los ojos



de la mayor parte de los jóvenes de la burguesía, como una cosa lejana, como un fin natural después de muchos años de amores vagabundos, de seducciones, de adulterios, un buen contrato para redondear el patrimonio, ó una buena alianza para asegurar la carrera. Y confirmóme en la fe de que un cambio social que hubiese difundido entre la juventud tales amores, sería muy santo y benéfico, y crearía la familia en aquella edad en que ahora no se quiere por torpes razones de interés, ó por innobles razones de conciencia.

En tanto que yo hacía estas reflexiones y que él se disponía á bajar, le vi meter rápidamente no sé qué cosa en el bolsillo de un caballero que estaba delante.

Asombrado, le pregunté qué había hecho.

El sonrió:

Era un opúsculo titulado: «Los calumniadores del Socialismo», á cinco céntimos. Tenía, según me dijo, la costumbre de repetir aquel acto siempre que podía, no para convertir á los burgueses, ¡oh, no! sino para aclarar sus ideas, para destruir la leyenda absurda que se formaba alrededor del socialismo en la mente de muchos, los cuales acababan por creerlo, cosa muy distinta de lo que es en realidad.

—Cuando llegan á casa—dijo,—leen con curiosidad, y cuando menos, desaparece algún perjuicio: todo éso se va ganando.

Y me contó que otros compañeros hacían lo mismo que él, y que el primero á quien le había ocurrido la idea, era á aquel propagandista conocido mío, quien sembraba opúsculos en todos los abrigos; y guiñando un ojo y señalándome al caballero, añadió:

—Por mi parte, he colocado tres esta misma mañana.

Y contento y triunfante, como si hubiese hecho tres conversiones, saltó en la plaza de San Carlos, donde vi alejarse y perderse entre la multitud su hermosa cabeza rubia, dorada por el sol.



He aquí otra sonrisa sobre la frente de mi año que muere, otra página alegre para el último capítulo, otro hombre feliz: en la calle de Garibaldi, sube al lado mío, en la plataforma, el joven pintor, con una flor silvestre en el ojal y con una cara de Pascuas, que viene á ser un anuncio de matrimonio. Previne sus palabras contándole que sabía ya lo que me iba á decir, por una oleada de rubor que cierto día acudió á las mejillas de una hermosa señorita, el último día que nos habíamos encontrado. Ruborizóse también un poco y le felicité. Díjele que me parecía una criatura angélica, que había admirado mil veces, pensando siempre en lo afortunado que sería el ciudadano de Italia junto al cual plegara ella las alas. Fulguraron sus ojos; pero se mantuvo serio y me hizo un discurso muy formal. La había conocido

*Carrozza di tutti.*—Tomo II—14



en Enero. Estaba muy contento. Buena índole, buen carácter, instrucción, juicio, muy cariñosa con su padre, que era excoronel de Infantería, condecorado con dos medallas al valor. De fijo que sería una buena madre de familia y que vivirían juntos en el mejor acuerdo del mundo. Comprendí que aquella seriedad de psicólogo, de observador, era una impostura de enamorado y que aunque no hubiese tenido buena índole ni su padre condecorado, la hubiese amado furiosamente y tratado de poseer á toda costa.

—¿Sabe que es estudiante de medicina?—me preguntó.

Fingí no saberlo, y le pregunté si le dejaría continuar los estudios.

—De ninguna manera: ni en sueños—respondió con arranque, no recordando la apología que había hecho de los estudiantes, y adiviné yo en su acento unos celos otelianos contra toda la Facultad de Medicina, contra todos los estudiantes y toda la clientela posible, sin excluir á los enfermos de dentición.

Quise saber si la había conocido en el tranvía, como me había dicho, y se lo pregunté. Rió de todo corazón. La había conocido, efectivamente, en la línea del Puente Isabel.

—¿No se acuerda—me dijo,—del hecho que trajeron los periódicos por aquellos días, de un carruaje de la Belga que al desembocar en el paseo Valentino chocó y volcó un coche de Correos, tirando al suelo al cochero, que se hirió gravemente?

No me acordaba.

Pues bien, él la había visto por primera vez en aquel coche, y la había hecho impresión verla, en tanto que las otras señoras chillaban y se desmayaban, bajar valiente y tranquila, acudir en

socorro del caído, levantar de tierra la cabeza ensangrentada y ponerla sobre las rodillas para limpiar la herida con el pañuelo.

—He aquí—pensé,—una muchacha de arrestos y de corazón.

Y había quedado él también herido; pero con una herida para la cual el pañuelo no servía. Luego la había vulto á ver, y poco á poco... Pero á las primeras manifestaciones, no correspondidas, desesperábase el pintor, y era entonces cuando tronaba contra las muchachas turinesas, hijas de Boreas, frías como los Alpes, cortadas todas por el mismo patrón.

Explicóme también la conquista inmediata, fulmínea, que la virgen muerta había hecho de su padre la primera vez que la había visto en el tranvía.

—Fué casi aquí mismo—dijo,—en un carruaje de la línea de Puente Isabel, que llevaba el número 125.

Y no fijándose en que yo me reía al oírle, recordar hasta el número, sacó la cartera, y como hubiese hecho con la reliquia de un santo, sacó de ella con gran cuidado y me enseñó el billete blanco de aquel trayecto memorable, todavía intacto, como si fuese del mismo día.

—Esto—dijo con su sonrisa ingenua,—se lo enseñaré si algún día me hace desesperar, y le diré: «¡Ah, cuán mal coloqué mis diez céntimos!»

Y luego volvió á encerrar en la cartera su billete de marcha para el paraíso terrestre. Era feliz, verdaderamente feliz. Preguntóme cómo iba mi trabajo y si saldría pronto el libro, y cuando bajó, saludóme con una sonrisa que demostraba tener el pensamiento ocupado en otra cosa. El «buenas noches» era para mí; la sonrisa, para la señorita del número 125. Pero yo tenía casi me-



dio permiso para colocar su idilio en mi *Carrozza*, y me marché satisfecho de mi trayecto.

\*  
\* \*

Otro individuo feliz; pero no con satisfacción mía. Subí en un mal momento para mí en un carruaje característico de la víspera de Navidad, salido de Porta Palazzo, lleno hasta rebosar de señoras y muchachos, cargados con nacimientos, pastores, asnos, bueyes, cabras, medio escondidos entre ramos de mirto y de laurel, con cajas sobre las rodillas y toda suerte de artefactos en los bolsillos y en las manos. Delante de mí, en la plataforma posterior, había dos carabineros que volvían la espalda á la puerta; á la izquierda, un grupo de personas reposadas y graves, que hablaban reposadamente del voto de la Cámara sobre la lotería para las Obras Pías de Turín. Después de haber escuchado durante un rato su conversación, volviéndome para mirar dentro del coche, vi á Guyot que estaba sentado y que al verme, volvió la cabeza hacia el otro lado, frunciendo

do el entrecejo, con la expresión de quien aparta sus ojos de una serpiente boa. ¡Bárbaro Guyot! No se consideraba pagado con la venganza atroz que tomó dos meses antes; me odiaba verdaderamente á muerte. ¡Era un enemigo implacable!

Esperé que su mirada se fijase otra vez en mí para hacerle comprender con una ojeada que no me habían quemado dentro de la carne, como él creía, sus dardos envenenados, que gozaba de buena salud y que estaba en condiciones todavía de causar daño á la sociedad. Pero no me miró. Pensé que mi vista le era insoportable y que por eso no me miraba. Entretanto subió á la plataforma más gente, obligando á cambiar de sitio á los otros, y todos juntos se mezclaron, apretándose y empujándose, buscando cada cual la posición menos incómoda para respirar y para resistir los vaivenes.

Apenas habían cesado las apreturas, cuando al volver á mirar hacia dentro, advertí que mi enemigo me miraba con una ligera sonrisa que parecía de benevolencia. Debía haber ocurrido algún milagro. Pensé que después del gran movimiento invencible de repugnancia, pensándolo mejor, había decidido cesar las hostilidades. Sin embargo, su sonrisa no era franca, sino ambigua; parecía expresar más bien una complacencia maligna, y mirándolo fijo, advertí que su mirada sonriente oscilaba á derecha é izquierda, como un péndulo, apartándose y acercándose sucesivamente. ¿Qué había ocurrido? Miré á derecha é izquierda... ¡Abominable hombre! Había sucedido,

*como suele ocurrir algunas veces*

que los dos carabineros, á consecuencia de la subida y bajada de los pasajeros, habían debido



apostarse uno á mi derecha y otro á mi izquierda, y así resultaba yo, entre ellos, como si estuviera preso. El inicuo Guyot se deleitaba mirando aquel cuadro, cuadro que le representaba como una profecía, mi fin merecido é inevitable, el sitio que me guardaba la sociedad. ¡Y yo que me había ilusionado!... Y lo que más me irritó no fué su alegría de aquel momento, sino pensar que llevaría aquella alegría á su casa, que describiría aquel cuadro en familia, haciendo reír á sus amigos en el café; que aquel amanilleamiento ideal, serviría, sin duda alguna, para hacerle más grata la fiesta de Navidad. Tentado estuve de bajar de repente; pero me detuvo el pensamiento de que le gustaría mucho aquella fuga, pensando que me encontraba yo harto fastidiado.

No pude contenerme, sin embargo, mucho tiempo; tiré de la campanilla y desgarré el cuadro, saltando afuera, después de haberle lanzado una mirada feroz, que de fijo le hizo pensar:

—¡Qué mirada! Ha revelado su verdadera naturaleza. ¡Quién sabe! ¡Esa gente es capaz de todo!...

\*  
\* \*

Aquella fué la sola aventura enojosa que tuve durante aquel último mes.

La mañana de Navidad, alegrada por un buen

sol, los tranvías estaban llenos de señoras con abrigos de pieles, de niñas con juguetes en la mano, de señoras que llevaban á su casa golosinas suplementarias para el almuerzo, tenderos de pala y operarios recién afeitados. Todos los rostros aparecían serenos y vivaces. Únicamente contrastaban con esa alegría las caras ceñudas de cocheros y cobradores, entristecidos por la ruda jornada de trabajo que se les venía encima, empujada para ellos á la luz de las estrellas y destinada á terminar entre bromas é insolencias de borrachos, después de haber tomado aprisa y corriendo cuatro malos bocados. ¡Para cuánta gente resultan terribles las grandes fiestas! Subí en la plaza de Carlo Felice para ir á la plaza del Statuto, y me pareció encontrarme en el mismo carruaje en que había hecho igual trayecto el primer día del año: era un continuo subir y bajar de señoras y caballeros, un cambio de sombreros y de reverencias, de sonrisas y zalemas, como en una sala de recepción. Durante un rato, desde la plaza San Carlo á la del Castillo, apenas hubo sino gente rica en el coche; todo eran plumas de avestrúz, manguitos de marta, relucir de brazaletes y de alfileres, de devocionarios y de bolsas de confites, todo elegancia, cumplidos y perfumes. ¿Cuántos de los que allí había pensaron en el «celesté niño», nacido entre un asno y un buey, mil ochocientos noventa y seis años antes, y en las palabras que había dicho al mundo: *quod super est date pauperibus?* ¡Ay! El Niño quería decir para unos el principio del Carnaval; para otros la apertura del Teatro Regio; para éstos una fiesta alegre pasada en familia; para aquéllos un aguinaldo espléndido; y los solos altares, sobre los que muchos otros le adoraban, eran los escaparates de las tiendas llenos de capones, de



langosta y de gelatina, por delante de los cuales corría rápidamente el tranvía. En ninguno de aquellos mil rostros que veía pasar podía leerse el propósito de cambiar de vida, empezando desde aquel día, ni el de ser bueno, justo, sincero, humilde, de amar á todos y de perdonar siempre, como el Maestro Sublime, del que se celebraba el natalicio. Estudiaba uno á uno todos aquellos rostros, que no respiraban sino complacencia por el lujo, deseos de atraer las miradas, cuando al llegar á la plaza del Castillo subió una pareja conyugal que, no encontrando sitio adentro, se quedó enfrente de mí en la plataforma. Era la supuesta mujer del empleado postal, la «capitanesa», que iba del brazo de un hombrecillo de cuarenta años, su marido, sin duda alguna, que sonreía vagamente con los ojos medio cerrados, como complaciéndose del abandono de muchacha enamorada con que se apoyaba sobre él su graciosa mujercita. ¡El capitán estaba olvidado! Y si aquella dulzura amorosa que se advertía en ella no provenía de la sucesión de algún teniente, significaba la vuelta del corazón arrepentido al raro afecto matrimonial, á la modesta, pero segura felicidad, circunscrita por el marco de la ventanilla de cartas recomendadas. Alegréme de ello, porque así podía acabar en forma edificante en mi libro la historia de su aventura.

Durante un momento, ella me miró y pareció reconocermé, acordándose quizá del día en que ella y el otro querían arrojarme del tranvía. Vi pasar una sombra por su rostro... ¿Qué podía temer? ¿Que yo le preparase la mala pasada que le juego por medio de la imprenta? No lo podía ni soñar. Pero pronto se rehizo y se apoyó más fuertemente contra su marido que, esta vez, cerró del todo los ojos con una sonrisa más suave. *Dormi, fanciul celeste.*

\*  
\* \*

Después de Navidad pasaron algunos días sin que viese ningún conocido. Parecía que mis personajes me hubiesen ya abandonado, ocultándose entre la niebla, que continuaba envolviendo á la ciudad, húmeda y densa, escondiendo todos los objetos. Tres días antes encontré dos en el coche del Martinetto, en la calle de Garibaldi, iluminados por un fugitivo rayo de sol. Estando en la plataforma, un poco á la izquierda de la puerta, vi dentro, de perfil, la esposa del barrio de San Donato, con la cabeza inclinada hacia la parte opuesta, parecida á la Maddona della Seggiola. Tuve una idea: alargué la cabeza y sentí una verdadera alegría al ver que tenía entre los brazos un niño de pecho. A su derecha estaba el marido.

¿Era ella verdaderamente? Tenía en la posición de la cabeza y del busto toda la gracia que daba la maternidad á su cuerpo desgraciado; en el rostro una nueva luz, algo así como la conciencia al-



tiva y fuerte, de ser una criatura necesaria á otra criatura, con los ojos más grandes y suaves, como si en aquellos otros ojillos que la miraban viera por dos tragaluces un mundo misterioso y lejano. Había llegado por fin el chiquillo, el gran consuelo de la iniquidad de la Naturaleza y de la suerte, la anhelada esperanza de todos los días y de todas las horas, el que engrandecía su vida, la concepción de una empresa heroica.

En aquel mismo instante pareció que el chico me dijera:

—¡Sí, he llegado!

Y me lo decía con voz aguda é imperiosa, que acusaba la existencia de un cuerpecito sano y gallardo. Ella sonrió, mirando á su alrededor con cierto aire tímido, interrogó con la mirada á su marido, y con una mano en que se advertía la duda, desabrochándose ligeramente, desabrochó los botones del pecho; luego, con ademán resuelto y tímido, al mismo tiempo, que enseñaba y escondía á la par, apagó aquella boquita ávida, que cayó en seguida, para beber en la fuente de la existencia. Entonces ella levantó el rostro sonrosado y triunfante.

¡Oh, santa maternidad! Estaba verdaderamente hermosa. El pobre joven miraba aquella carita hinchada por el esfuerzo de la succión, con mirada fija y amorosa que parecía decirle:

—Bebe, niño; bebe con la leche el alma hermosa, el amor al trabajo, la resignación contra la pobreza, el valor, la dulzura, la fuerza; sorbe la vida de mi esposa y serás bueno y honrado; bebe el alma de tu madre y serás nuestra riqueza y nuestra gloria.

En aquellos momentos los dejé haciendo votos en su favor y en el del nuevo personaje á quien había amado ya, y del cual había sido padrino

por mandato de mi corazón antes que naciese, y que sería en lo sucesivo un recuerdo risueño de toda mi vida.

\*  
\* \*

Heme aquí llegado el último día, que para mí es solemne. Salí al anochecer, y una vez atravesada la plaza solitaria de la barrera de Niza, subí á un coche de la línea de la plaza del Castillo, minutos antes que arráncase. Los faroles de la barrera disipaban apenas la niebla espesísima entre la cual se movían como larvas, cobradores, cocheros y guardias municipales, que esparcían en risa y en bromas la alegría bebida en las tabernas vecinas para festejar la entrada de Año Nuevo. Parecióme reconocer entre aquellas voces los gruñidos de Tempestad; pero cubrióla de repente el canto estridente de un grupo de beodos que salían de una tienda de la plaza, y de la cual no se veía sino el farol rojo.

Cuando partió el carruaje, estaba yo solo en un ángulo, dentro. Era aquella la hora en que es-



tán llenos todos los carruajes que van á los suburbios, y van vacíos del todo los que van de la periferia al centro de Turín. Hubiese podido reclinar-me sobre los cojines de la «Turinesa» y dormir tranquilamente; pero á pesar de que había pasado la noche casi en vela, no me adormilé siquiera. Distraíame la vista del camino lleno de niebla, entre la cual parecíanme desconocidos todos los cafés y tiendas que hufan, y en la fuga de las bocacalles que no recordaba, y los amplios bancos oscuros de los solares sin edificar, detrás de los cuales adivinaba la campiña, dábame la ilusión de entrar en una gran ciudad extranjera. Aquel era para mí el último trayecto del año. Al pensar en ello, surgían en mi mente el pensamiento único que durante todo aquel año me guió, una confusión singularísima de imágenes. Se dibujaban los recuerdos de todos los trayectos como si no hubiesen sido interrumpidos por las otras mil ocupaciones de mi vida, y me parecía haber hecho un viaje continuo á través de las cuatro estaciones, de día y de noche, bajando de un carruaje para subir á otro, andando adelante y atrás sin reposo, durante toda la vida, como si no hubiese tenido otro domicilio que la *Carrozza di tutti*. Y todas las personas, las escenas, los encuentros, los accidentes que me habían ocurrido sobre aquel escenario móvil, se dibujaban en mi memoria bien separados y distintos de los otros acontecimientos de mi existencia, como si estos atañeran á otro que á mí mismo, como si durante un año hubiese estado separado, en mi existencia y en mis intereses, de la humanidad que se desliza por sobre los corrientes de aquélla, que había visto y tratado fuera de las líneas del tranvía.

Pero por razón de la soledad y del mal tiem-

po, las personas y las escenas más tristes eran aquellas que se me aparecían más vivas.

A lo lejos, como en el seno de la niebla, pasaban las parejas amorosas de las jardineras dominicales, los eróticos apretados contra las señoras, las máscaras del martes gordo, los pasajeros saltadores, una confusión extraña de monjas y de aventureros, de sombreros adornados y de pañuelos melancólicos, de magistrados, de carabineros y de aldeanos que pasaban y se desvanecían. Cerca de mí, inmóvil y como bajo la luz del carruaje, veía la imagen angustiada de aquella pobre vieja que sollozó ante la visión de Abba Garima; la desesperación trágica de Taddeo y Veneranda fulminados por la muerte de su hija, el coche fúnebre del buen veterano que detenía el paso del tranvía, el cadáver sangriento del niño destrozado, y hasta la cara miserable de la vieja meretriz, asaetada por las miradas de la Inocencia coronada de flores.

¡Cuántos dolores y cuánta miseria hasta en aquellas jaulas ambulantes, donde las miserias y los dolores no suben sin embargo! Desvaneciése un punto aquella tristeza viendo pasar del brazo al pintor y la virgen muerta; el tipógrafo rubio y su compañera, los esposos del barrio de San Donato, todos felices. Luego llegó otra oleada de gente entristecida: la pobre mujer roída por el cáncer, la física acosada por la tos, la madre angustiada de la corona mortuoria demasiado pobre, el cobrador cubierto de sangre y todos sus compañeros cansados, que mostraban en los ojos velados el tormento del sueño y el terror de la multa, y entre todos ellos, mi buen camarada de la Escuela de Módena, con su uniforme de revisor, que me hacía un signo triste de despedida...



\*  
\* \*

Interrumpió el curso de estos pensamientos una brusca parada. ¿Dónde estábamos? A través de la niebla creí reconocer la plaza de Niza. Subieron algunas personas, emprendió de nuevo su marcha el tranvía, y me enfrasqué de nuevo en mis recuerdos.

Misterios, desventuras, dolores. ¡Y además, cuántas tristezas, cuánta vileza, cuánta vergüenza! Aquí se empeñó una lucha en mi alma. Detrás del rostro bestial de Tempestad, martirizador de dos caballos, se levantaba la cara honesta y buena de Giors, que me decía sonriendo:

—Me has conocido á mí solo; pero hay otros muchos Giors, te lo aseguro.

Surgía ante mi imaginación Desbottonnas, embrutecido y enfurecido por el alcohol, y detrás de él un grupo de otros borrachos; pero de pronto se interponía entre ellos y yo la imagen del latonero, que me mostraba una multitud de amigos suyos, sobre cuyas frentes, como en la suya,

brillaba una dignidad nueva, el rayo de la vida intelectual, el ardor de un santo é infatigable apóstolado de civilización, de amor fraternal y de paz.

Acercábase á mí una procesión de señoras y caballeros, orgullosos, desdeñándose de ponerse en contacto con la gente del pueblo y que parecía insultaban con un desprecio incalificable á la miseria, provocando el odio; pero casi en el mismo momento, ese grupo se abrió para dejarme ver la hermosa señorita rubia, enternecida y satisfecha, que estaba apoyando sobre sus hombros la cabeza gris del viejo montañés desmayado. Veía enfrente el rico egoísta que no creía en el hambre y que calumniaba á la pobreza, que regateaba un céntimo, pero me pareció ver á un lado la caritativa familia burguesa que, al salir del drama, acariciaba la carita negra y daba dinero al pobre golfo; surgía de entre las sombras la figura antipática de Tintura Migone, el negrero cobrador, insolente con los humildes, prepotente con los débiles, aborrecedor de los niños; pero veía por encima de su cabeza el rostro ardiente y la voz simpática de doña Quijotina, que me decía:

—Aquí estoy yo, que valgo más que todo un ejército de estos.

Luego, de repente, me asaltaba una muchedumbre de gente soberbia, depravada, vil, que se burlaba de mí y me decía:

—¿Qué es lo que piensas, imbécil?

—El mundo somos nosotros

Y otra vez aparecía doña Quijotina y la señorita rubia, el latonero y los esposos de San Donato y el tipógrafo de la cabeza de oro, que me decían á una voz:

—No, esos no son el mundo, como no son el cielo las nubes negras, aunque le cubran algunas veces por entero. Espera en nosotros, cree en nos-



otros; confórtate mirándonos, nosotros somos la vanguardia de una generación hermosa; tenemos el porvenir en la frente y la victoria en el corazón; nuestro será el reino del mundo...

De nuevo me vi interrumpido; el tranvía se paró; reconocí entre la niebla el obelisco de la rebelión de 1821; estábamos en la plaza de San Silverio; subieron otros pasajeros; el tranvía partió de nuevo. Entonces el sueño empezó á dominarme; cerré los ojos y sentí acudir el sueño á mi cerebro, y quedé no sé cuánto rato, en ese estado que viene á ser como el de un sueño febril, agitado por imágenes vivacísimas. Veo á través de los cristales del carruaje, la calle, iluminada por torrentes de luz blanca, atravesada por una multitud de carruajes luminosos y carros enormes, no tirados por caballos; veía pasar coches de todos tamaños y formas, movidos por fuerzas ocultas, que se internaban rápidamente, como la previsión confusa del viejo herrero, amigo del latonero, y pensando en el tiempo en que en las calles resonaba el restallar de las fustas y los gritos de los carreteros y cocheros, me parecía que aquello eran recuerdos de un tiempo remotísimo, del cual quedase apenas la memoria. Miraba el tranvía que me llevaba, ámplio y elegante como una sala, y la gente que lo llenaba me parecía muy cambiada. Iba vestida de diversos modos, pero no con gran diferencia entre señores y pobres, como si todas las clases se hubiesen confundido, bajando un poco aquéllos y subiendo éstos á una medianía decorosa, y no vi como antes un contraste de vulgaridad y de gentileza, sino unos modales corteses en todos los presentes, unos ademanes menos fingidos que los actuales, una cortesía digna y sencilla, sin ningún indicio de ostentación ó de esfuerzo.

Algunas veces me pareció extraño todo esto y me hacía pensar. Dos pasajeros que estaban enfrente, discurrían sobre administración municipal, y los veía que hablaban tan familiarmente, siendo que uno tenía la mano delicada y blanca y el otro dos gruesas manos de trabajador, y más aún oyendo que el primero decía:

—Cuando se abrió la sesión...

Y que el otro le hacía observaciones, á las cuales aquel prestaba una atención viva y respetuosa como sienten dos iguales. Y me parecía haber visto aquellos individuos largo tiempo atrás como en los primeros años de mi infancia. No me parecía nuevo tampoco el rostro del conductor, que con un hermoso uniforme veía de perfil en la plataforma; en el modo de advertir cariñosamente á los que bajaban que tuvieran cuidado con los coches que pasaban cerca; y guardaban en mi memoria una vaga reminiscencia de aquella visión y de aquel acento cariñoso. Viendo un operario que estaba leyendo un diario y que se levantó cortésmente para ceder su sitio á una anciana, bien vestida, que entraba saludando á los pasajeros con una sonrisa, me hizo la impresión de un conocimiento antiguo, pero olvidado durante muchos años. Poco á poco apuntó en mi memoria, como un rayo que iluminase aquellos rostros, uno después de otro.

En los dos individuos que hablaban de asuntos municipales, reconocí al síndico de Turín y al obrero propagandista; el conductor era Tempestat y el operario que leía el diario, Desbottonas, regenerado, y la viejecita que entró en último término, la madre del soldado, ya contenta.

Y aquel contraste entre la imaginación antigua y la nueva, aquellos modales, aquellas cortesías,



aquellos acentos que respondían á una vaga y ardiente esperanza del tiempo pasado, me llenaba el corazón de una dicha inefable, de una alegría que hizo acudir las lágrimas á mis ojos.

Tenía necesidad de desfogarme, de hablar con otros, de gritar:

—No era, pues, un sueño; no. ¡Cuán bello era todo eso! ¿Cómo he podido creer que fuera un sueño?

Y estaba á punto de comunicar este pensamiento á un desconocido que estaba á mi lado, cuando, al volverme, vi dos anteojos y una perilla: era Guyot.

Pero mis exclamaciones de asombro y mi sueño fueron de repente interrumpidos por un *alto* vigoroso que sonó en el tranvía, y que me despertó sobresaltado. Abrí los ojos, y reconocí entre la niebla el paseo Víctor Manuel, donde tenía que bajar para tomar el tranvía del paseo Vinzaglio, que me llevase á la plaza del Statuto. Encontré un poco de sitio en la plataforma delantera; en la desembocadura de la calle de Roma subieron otros dos viajeros, uno de los cuales quedó sobre el estribo, contra lo que dispone el reglamento, con una pierna colgando, como un acróbata en el trapecio.

Había en el tranvía una concurrencia escogida; todo eran abrigos de rico paño, sombreros de copa flamantes, bigotes rizados, toda la gente alegre y de buen humor, y en todas se leía un mismo pensamiento; dábanse excusas unos á los otros por los pisotones recibidos y por los codazos que involuntariamente se daban, tratándose todos con una familiaridad propia de antiguos camaradas.

De cuando en cuando, el tranvía se paraba para dejar subir ó bajar á alguna señora, y entonces aumentaban el buen humor y las cuchufletas, de-

biendo saltar del carruaje cuatro ó cinco para abrir paso, esforzándose otros para apartar el pecho y la barriga, no lo suficiente, sin embargo, para no sentir el contacto mórbido de los mantos y los perfumes delicados de las cabelleras, que hacían centellear los ojos y dilatar la nariz. Así recorrí el primer trozo de la calle de Roma, y pasando al lado de la estatua de Manuel Filiberto, agigantado por la niebla, metióse el tranvía por la calle de San Carlo y plaza del Castillo. En este momento, para dejar paso á un señor gordo que bajaba de medio lado, volvíme sobre mis talones, y me encontré casi nariz contra nariz en plena luz de una lámpara eléctrica, con «Siapure», el cual abrió los ojos y la boca con aquella admiración propia de quien ve aparecer á un enemigo, y que sentí reflejada en mi propio rostro. Aquella expresión duró sólo un momento, y bastó para que yo me dijera:

—Le toca á él, puesto que le hice saludar por su hija.

Y un impulso irresistible y brutal de orgullo, me hizo girar de nuevo, dándole la espalda. Arrepentido, sin embargo, de este acto, antes de haberlo cumplido:

—¡Ah, embustero! no era sincero, pues, el saludo que hiciste á la muchacha, que no te has atrevido á repetirlo al padre; pero era demasiado tarde.

—Ya no hay remedio—pensé,—desperdiciada esta ocasión, no se me presentará otra jamás. ¡Ah, mísera alma mía!

—Edmundo—oí decir en aquel momento por aquella voz que tantos años hacía que no había oído.

Entonces volvíme, rodeé con mi brazo su cuello y le besé en el rostro; sintióme él y devolvióme



el beso. Quedamos un momento así, con la respiración fatigosa y sin poder hablar.

Había en la plataforma el revisor coloso, el ex-carabinero, que me lanzó una mirada severa, por no creer que aquella fuera una escena propia de un tranvía en pleno servicio. Pero Siapure no lo advirtió; tenía ya los ojos húmedos. Estrechóme de nuevo la mano entre las suyas; luego dió una sacudida á la campanilla, porque iba á bajar.

—Quiero—le dije,—volver á verte mañana.

—Iré á tu casa con la niña—contestó.

Y bajó. Sentí un gran contento, pero fué breve, porque en el mismo instante le sucedió un sentimiento amargo de conmiseración para mí mismo. ¡Buen Dios! Habían sido precisos tantos años para hacer una cosa tan sencilla, tan razonable, tan buena para ambos á dos.

Distrájome Giors, de quien me encontré al lado, porque habían bajado los demás pasajeros en la calle de Garibaldi. Estaba contento; gustábale la niebla, que según su teoría fisiológica, «daba fuerzas al hombre», y le alegraba los ojos la vista de los buenos bocados que estaban expuestos en los escaparates. Hablóme con gran admiración de un lechón en gelatina que había visto en la calle de Roma. ¡Oh, demonio! ¡qué gran bestia! ¡qué maravilla! Una redondez de mapamundi, una blancura de leche dentro de aquel oro, tres kilogramos de cosa rica, una tentación que no podía apartar de su mente, que bailaba entre sus ojos por la calle, y que le hacía la boca agua, lo mismo que si hubiese sido una fuente.

Diciendo esto, reía, como si aquel bocado le esperase en la barrera de Francia, donde acostumbraba á tomar el almuerzo. Truncó aquel discurso para cumplimentar á una joven rubia que subió á la plataforma con una niña en brazos, de

un año á lo sumo, rubia como el sol, colorada como un melocotón, vestida de un modo elegantísimo y encapuchonada de pieles y que formaba como una corona alrededor de su carita de ángel mofletudo. Giors volvióse hacia atrás para abrir la puerta, pero la muchacha le dijo que no, que no se incomodase; la niña era caprichosa, no quería estar dentro del coche; gustábale ver cómo corrían los caballos; cuando apenas tenía seis meses, había ya manifestado su voluntad. Y dicho esto, quedó al lado de él, teniendo la niña en brazos, con la cabeza á la altura de la suya, y tan cercana, que casi la tocaba.

La vecindad de aquella muchacha sobreexcitó sobremanera á Giors. Lanzó una carcajada enorme y exclamó:

—¡Hermosa *Totina!* Quiere estar fuera, quiere estar al lado de Giors, no le espantan sus bigotazos de espanta pájaros. ¡Ah, qué hermosa criatura! Es la amiga de los cocheros. ¡He aquí una señorita que sabe estar en el mundo!

E inclinando el rostro hacia ella, divertíase en pasar la mejilla sobre la guarnición blanca y mórbida de la capuchita, y reía, y se entusiasmaba, y la miraba á los ojos con la dulzura de un padre y la alegría de un muchacho.

Nunca me había parecido tan bueno como en aquel momento, nunca tan noble y sana la concepción de la vida: nunca comprendí tan claramente como entonces de qué puro y profundo manantial provenía su valor, su alegría, su energía para el trabajo, la amable y fuerte serenidad de su alma honrada.

—¡Ah, mi hermosa *Totina!*—continuó diciendo.

—¡Mirad qué hermosos ojos azules y qué hermoso capullo de rosa es su boca! ¡Qué pan de manteca! ¡He aquí una muchacha que encontra-



rá marido aunque no tenga dote! Palabra de honor, si no tuviese ya tres, quisiera tener una parecida...

Habíamos llegado ya á la plaza del Statuto y continuaba haciendo el elogio de la niña. Le rogué que parara. Bajé y me dijo con su voz cordial:

—¡Buen año, caballero!

—¡Buen año, Giors!—le contesté.

Llamóle la atención el acento con que le hice aquel saludo. Miróme y pronunció la palabra que desde hace mucho tiempo repito siempre, y que me parece la más dulce y la más sabia de las palabras humanas:

—¡Esperemos!

—¡Sí, mi buen Giors, esperemos!

FIN

\*\*\*\*\*

## INDICE-SUMARIO

### CAPITULO VII

(Página 5)

#### *Julio.*

Los exámenes.—La salida de los teatros.—El tercero incómodo.—Cuadritos de Turín.—Efectos del mal tiempo.—El eterno femenino.—Las melancolías del pintor.—La hija del Boreas.—Vicios antipáticos.—El regresado de Africa.—Los siete pecados capitales.—El cobrador conde.—La fuga de las tiendas y de los anuncios.—Carlín y el amor.—Amor maternal.—Gratitud embriagada.—*Voy á la dirección.*—Visiones del porvenir.—Aire y agua.—Desfallecimiento y esperanza.